

HAMLET.

¿Se dirigen contra toda Polonia, ó solo á alguna parte de sus fronteras?

CAPITAN.

Para deciros sin rodeos la verdad, vamos á adquirir una porcion de tierra, de la cual (exceptuando el honor) ninguna otra utilidad puede esperarse. Si me la diesen arrendada en cinco ducados, no la tomaria, ni pienso que produzca mayor interes al de Noruega ni al polaco, aunque á pública subasta la vendan.

HAMLET.

¿Sin duda el polaco no tratará de resistir?

CAPITAN.

Antes bien ha puesto ya en ella tropas que la guarden.

HAMLET.

De ese modo el sacrificio de dos mil hombres y veinte mil ducados, no decidirá la posesion de un objeto tan frívolo. Esa es una apostema del cuerpo político, nacida de la paz y excesiva abundancia que revienta en lo interior, sin que exteriormente se vea la razon por qué el

hombre perece. Os doy muchas gracias de vuestra cortesía.

CAPITAN.

Dios os guarde.

*(Vanse el capitan y los soldados.)*

RICARDO.

¿Quereis proseguir el camino?

HAMLET.

Presto os alcanzaré. Id adelante un poco.

## ESCENA X.

HAMLET.

Cuantos <sup>(6)</sup> accidentes ocurren, todos me acusan, excitando á la venganza mi adormecido aliento. ¿Qué es el hombre que funda su mayor felicidad, y emplea todo su tiempo solo en dormir y alimentarse? Es un bruto y no mas. No, aquel que nos formó dotados de tan extenso conocimiento que con él podemos ver lo pasado y futuro, no nos dió ciertamente esta facultad, esta razon divina, para que estuviera en nosotros sin uso y torpe. Sea, pues, brutal negligencia, sea tímido escrúpulo que no se atreve á pene-

trar los casos venideros (proceder en que hay mas parte de cobardía que de prudencia), yo no sé para qué existo, diciendo siempre: tal cosa debo hacer; puesto que hay en mí suficiente razon, voluntad, fuerza y medios para egecutarla. Por todas partes hallo egemplos grandes que me estimulan. Prueba es bastante ese fuerte y numeroso ejército, conducido por un príncipe joven y delicado, cuyo espíritu impelido de ambicion generosa desprecia la incertidumbre de los sucesos, y expone su existencia fragil y mortal á los golpes de la fortuna, á la muerte, á los peligros mas terribles, y todo por un objeto de tan leve interes. El ser grande no consiste, por cierto, en obrar solo cuando ocurre un gran motivo, sino en saber hallar una razon plausible de contienda, aunque sea pequeña la causa, cuando se trata de adquirir honor. ¿Cómo, pues, permanezco yo en ocio indigno, muerto mi padre alevosamente, mi madre envilecida..... estímulos capaces de excitar mi razon y mi ardimiento, que yacen dormidos? Mientras para vergüenza mia veo la destruccion inmediata de veinte mil hombres, que por un capricho, por una estéril gloria van al sepulcro como á sus lechos, combatiendo por una causa que la multitud es incapaz de comprender,

por un terreno que aun no es suficiente sepultura á tantos cadáveres..... ¡Oh! de hoy mas, ó no existirá en mi fantasía idea ninguna, ó cuantas forme serán sangrientas.

## ESCENA XI.

*Galería de palacio.*

GERTRUDIS. HORACIO.

GERTRUDIS.

No, no quiero hablarla.

HORACIO.

Ella insta por veros. Está loca, es verdad, pero eso mismo debe excitar vuestra compasion.

GERTRUDIS.

¿Y qué pretende? ¿Qué dice?

HORACIO.

Habla mucho de su padre, dice que continuamente oye que el mundo está lleno de maldad: solloza, se lastima el pecho, y airada trastorna con el pie cuanto al pasar encuentra. Profiere razones equívocas en que apenas se halla sen-

tido; pero la misma extravagancia de ellas mueve á los que las oyen á retenerlas, examinando el fin con que las dice, y dando á sus palabras una combinacion arbitraria, segun la idea de cada uno. Al observar sus miradas, sus movimientos de cabeza, su gesticulacion expresiva, llegan á creer que puede haber en ella algun asomo de razon; pero nada hay de cierto, sino que se halla en el estado mas infeliz.

GERTRUDIS.

Será bien hablarla, antes que mi repulsa esparza congeturas fatales en aquellos ánimos que todo lo interpretan siniestramente. Hazla venir. *(Vase Horacio.)* El mas frívolo acaso parece á mi dañada conciencia presagio de algun grave desastre. Propia es de la culpa esta desconfianza. Tan lleno está siempre de rezelos el delincuente, que el temor de ser descubierto hace tal vez que él mismo se descubra.

### ESCENA XII.

GERTRUDIS. OFELIA. HORACIO.

OFELIA.

¿En dónde está la hermosa Reina de Dinamarca?

GERTRUDIS.

¿Cómo va, Ofelia?

OFELIA.

*(Estos versos y todos los que siguen en el presente acto, los canta Ofelia.)*

¿Cómo al amante

Que fiel te sirva,

De otro cualquiera

Distinguiria?

Por las veneras

De su esclavina,

Bordon, sombrero

Con plumas rizas,

Y su calzado

Que adornan cintas.

GERTRUDIS.

¡Oh querida mia! ¿y á qué propósito viene esa cancion?

OFELIA.

¿Eso decís?... Atended á esta.

Muerto es ya, señora,

Muerto y no está aqui.

Una tosca piedra

A sus plantas ví,

Y al cesped del prado

Su frente cubrir.

¡Ah! ¡ah! ¡ah! *(Dando risotadas.)*

GERTRUDIS.

Sí, pero Ofelia.....

OFELIA.

Oid, oid.

Blancos paños le vestían.....

**ESCENA XIII.**

CLAUDIO. GERTRUDIS. OFELIA. HORACIO.

GERTRUDIS.

¡Desgraciada! ¿Veis esto, señor?

OFELIA.

Blancos paños le vestían  
Como la nieve del monte,  
Y al sepulcro le conducen  
Cubierto de bellas flores,  
Que en tierno llanto de amor  
Se humedecieron entonces.

CLAUDIO.

¿Cómo estás, graciosa niña?

OFELIA.

Buena: Dios os lo pague..... Dicen que la  
lechuza fue antes una doncella, hija de un pa-  
nadero..... ¡Ah!.... Sabemos lo que somos aho-

ra, pero no lo que podemos ser..... Dios vendrá  
á visitaros.

CLAUDIO.

Alusion á su padre.

OFELIA.

Pero no, no hablemos mas en esto, y si os  
preguntan lo que significa, decid:

De San Valentino (7)

La fiesta es mañana:

Yo, niña amorosa,

Al toque del alba

Iré á que me veas

Desde tu ventana,

Para que la suerte

Dichosa me caiga.

Despierta el mancebo,

Se viste de gala.

CLAUDIO.

¡Graciosa Ofelia!

OFELIA.

Sí, voy á acabar; sin jurarlo, os prometo  
que la voy á concluir.

¡Ay mísera! ¡Cielos!

¡Torpeza villana!

¿Qué galan desprecia  
Ventura tan alta?  
Pues todos son falsos,  
Le dice indignada:  
Antes que en tus brazos  
Me mirase incauta,  
De hacerme tu esposa  
Me diste palabra.

CLAUDIO.

¿Cuánto ha que está así?

OFELIA.

Yo espero que todo irá bien..... Debemos tener paciencia..... *(Se entristece y llora.)* Pero yo no puedo menos de llorar considerando que le han dejado sobre la tierra fría..... Mi hermano lo sabrá..... preciso..... Y yo os doy las gracias por vuestros buenos consejos..... *(Con mucha viveza y alegría.)* Vamos, la carroza. Buenas noches, señoras, buenas (8) noches. Amiguitas, buenas noches, buenas noches.

CLAUDIO.

*(A Horacio.)* Acompaña-la á su cuarto, y haz que la asista suficiente guardia. Yo te lo ruego.

ESCENA XIV.

CLAUDIO. GERTRUDIS.

CLAUDIO.

¡Oh! todo es efecto de un profundo dolor: todo nace de la muerte de su padre, y ahora observo, Gertrudis, que cuando los males vienen, no vienen esparcidos como espías, sino reunidos en escuadrones. Su padre muerto, tu hijo ausente (habiendo dado él mismo justo motivo á su destierro), el pueblo alterado en tumulto con dañadas ideas y murmuraciones sobre la muerte del buen Polonio, cuyo entierro oculto ha sido no leve imprudencia de nuestra parte. La desdichada Ofelia fuera de sí, turbada su razon, sin la cual somos vanos simulacros, ó comparables solo á los brutos; y por último (y esto no es menos esencial que todo lo restante) su hermano, que ha venido secretamente de Francia, y en medio de tan extraños casos, se oculta entre sombras misteriosas; sin que falten lenguas maldicientes que envenenen sus oídos, hablándole de la muerte de su padre. Ni en tales discursos, á falta de noticias seguras, dejaremos de ser citados continuamente de boca en boca. Todos estos afanes

juntos, mi querida Gertrudis, como una máquina destructora que se dispara, me dan muchas muertes á un tiempo.

*(Suena á lo lejos un rumor confuso, que se irá aumentando durante la escena siguiente.)*

GERTRUDIS.

¡Ay Dios! ¿Qué estruendo es este?

**ESCENA XV.**

CLAUDIO. GERTRUDIS. UN CABALLERO.

CLAUDIO.

¿En dónde está mi guardia?.... Acudid.... defended las puertas.... ¿Qué es esto?

CABALLERO.

Huid (9), señor. El Occéano, sobrepujando sus términos, no traga las llanuras con ímpetu mas espantoso que el que manifiesta el joven Laertes ciego de furor, venciendo la resistencia que le oponen vuestros soldados. El vulgo le apellida señor; y como si ahora comenzase á existir el mundo, la antigüedad y la costumbre (apoyo y seguridad de todo buen gobierno), se olvidan y se desconocen. Gritan por todas partes: nosotros elegimos por Rey á Laertes. Los sombreros arroja-

dos al aire, las manos y las lenguas le aplauden, llegando á las nubes la voz general que repite: Laertes será nuestro Rey, viva Laertes.

GERTRUDIS.

¿Con qué alegría sigue ladrando esa trahilla pérvida el rastro mal seguro en que va á perderse!

CLAUDIO.

Ya han roto las puertas.

**ESCENA XVI.**

LAERTES. CLAUDIO. GERTRUDIS. SOLDADOS,  
Y PUEBLO.

LAERTES.

¿En dónde está el Rey? *(Voliéndose hácia la puerta por donde ha salido, detiene á los conjurados que le acompañan, y hace que se retiren.)* Vosotros, quedaos todos afuera.

VOCES.

No, entremos.

LAERTES.

Yo os pido que me dejéis.

VOCES.

Bien, bien está.

LAERTES.

Gracias, señores. Guardad las puertas. . . . y tú, indigno Príncipe, dame á mi padre.

GERTRUDIS.

Menos, menos ardor, querido Laertes.

LAERTES.

Si hubiese en mí una gota de sangre con menos ardor, me declararia por hijo espurio: infamaria de cornudo á mi padre, é imprimiria sobre la frente limpia y casta de mi madre honestísima la nota infame de prostituta.

CLAUDIO.

Pero Laertes, ¿cuál es el motivo de tan atrevida rebelion? . . . Déjale, Gertrudis, no le contengas. . . . no temas nada contra mí. Existe una fuerza divina que defiende á los Reyes: la traicion no puede como quisiera penetrar hasta ellos, y ve malogrados en la egecucion todos sus designios. . . . Dime, Laertes, ¿por qué estás tan airado? . . . Déjale Gertrudis. . . . Habla tú.

LAERTES.

¿En dónde está mi padre?

CLAUDIO.

Murió.

GERTRUDIS.

Pero no le ha muerto el Rey.

CLAUDIO.

Déjale preguntar cuanto quiera.

LAERTES.

¿Y cómo ha sido su muerte? . . . ¡Eh! . . . no, á mí no se me engaña. Váyase al infierno la fidelidad, llévase el mas atezado demonio los juramentos de vasallaje, sepúltense la conciencia, la esperanza de salvacion en el abismo mas profundo. . . . La condenacion eterna no me horroriza: suceda lo que quiera, ni este ni el otro mundo me importan nada. . . . Solo aspiro, y este es el punto en que insisto, solo aspiro á dar completa venganza á mi difunto padre.

CLAUDIO.

¿Y quién te lo puede estorbar?

LAERTES.

Mi voluntad sola, y no todo el universo; y en cuanto á los medios de que he de valerme,